

CARTA desde



BOLETÍN DE LA FRATERNIDAD CISTERCIENSE DE LAICOS DE SANTA MARÍA DE LA OLIVA

Número 48

Septiembre 2011



Hoy es un gran día para la Iglesia, celebramos la fiesta de la Asunción de María. Es un día bonito. En Escalonias es un día de fiesta, de gran fiesta, ya que como todos los monasterios cistercienses, está bajo la advocación de María y hoy celebra un acontecimiento de importancia: el hecho de introducir en su seno, de manera definitiva, a un nuevo hermano.

Sobre todo es un día especialmente importante para nuestro hermano Abdón, ya que va a ser aceptado a formar parte de nuestra comunidad monástica, dando así respuesta a la llamada de Dios que nosotros denominamos vocación.

Es un día de alegría para todos sus hermanos, familiares y amigos de Jaén; y como no, todos los amigos de la comunidad de Escalonias que habéis venido para acompañarle en este momento tan importante de su vida.

Recordemos de forma muy especial a tus padres que aunque no están físicamente, sí que están aquí presentes, desde su realidad de resucitados, como María.

Sentir una llamada es lo mejor que nos puede suceder en la vida, pues nos descubre que somos valiosos para otros. Sentir una llamada es descubrir que alguien se ha fijado en mí, que alguien me está pidiendo algo porque

me necesita. Cuando alguien se fija en mí es porque de alguna forma me ama. Cuando alguien me pide algo es porque de alguna forma cree en mi capacidad de respuesta en el amor. Y es esa llamada la que llena de sentido nuestra vida, nos pone en movimiento, nos hace sacar lo mejor de nosotros mismos, nos da un motivo para vivir.

Hoy nuestro hermano Abdón va a hacer su profesión solemne. La vida monástica no es una simple "profesión" laboral, sino la respuesta a una llamada, a un entrar en relación con Dios, a una forma muy especial de relación amorosa, confiada, transformadora, aventurera.

Abdón dirá dentro de poco: "Acógeme Señor, según tu promesa y viviré". Manifiesta públicamente que está dispuesto a comprometerse definitivamente en esa aventura existencial que es el seguimiento de Jesús en la vida monástica, en esta comunidad de Santa María de Las Escalonias.

Sin duda que es un sí rotundo, pero, consciente de su debilidad, es también un sí muy confiado en la fuerza y la fidelidad de Dios más que en la suya propia. Si la llamada es gracia, la fuerza para responder también lo es.

Ahora continúas tu camino de una forma especial para no poder volverte atrás. ¿Y

qué te vas a encontrar en ese camino? No lo sabes ni te debe importar demasiado, porque la historia de tu vocación comenzó en un tú a tú, a solas con Él sólo; por eso lo que Dios quiere de ti has de averiguarlo cara a cara con Él.



En la comunidad encontrarás ese humus donde tienes que desarrollar esa historia de amor. Ese humus comunitario que hay que regar diariamente con la oración, la comunicación fraterna, la eucaristía y abonar generosamente con otros ingredientes afines, como son la humildad, la humanidad y el sentido del humor.

Por eso nos quieres decir en la invitación que nos has pasado, que el Señor es tu delicia y Él te da lo que pide tu corazón. Y eso mismo lo vemos realizado en María.

Las lecturas de la eucaristía de hoy nos traen los ecos de este sueño de esperanza cumplidos en María.

La lectura del Apocalipsis sitúa a María, a la mujer, en un escenario cósmico. En la batalla entre el bien y el mal Dios está representado por una mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y coronada por doce estrellas. María, es la madre que da a luz un hijo, es la que alumbró la esperanza, la fuerza de Dios

que barrerá el poder del dragón. Con él se establecerá el reinado de Dios, se vencerá a la muerte, se terminará con la opresión y la injusticia. María ha vivido en la fe, como nosotros. En el Evangelio la hemos visto caminando deprisa por la montaña. No es una mujer parada, encogida, escondida en su casa; no parece que le haya preocupado la prudencia de reposar su embarazo, de sentirse importante, de esperar que vengan a servirla... No.

Está más pendiente de lo que pueda necesitar su prima embarazada. Abdón, has de tener claro que como María debes ser el Esclavo, el Siervo del Señor. Tu bien sabes que el Señor quiere siempre estar cerca de los más pequeños y necesitados del mundo, pero en tu caso concreto, de los hermanos de Escalónias.

María, en el "Magnificat", comienza proclamando la grandeza de Dios: «*mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava*». María es feliz porque Dios ha puesto su mirada en su pequeñez. Así es Dios con los sencillos. Abdón, salta de gozo, el Señor se ha fijado en ti, en tu poquedad, y desde ahí quiere hacer obras grandes. Pero para ello, como María, hay que optar en la vida.

En toda elección, el ojo de nuestra intención debe ser sencillo. Contemplando para lo que ha sido creado, es decir, para alabanza de Dios y para la salvación. Debes hacer tu propia opción. Optar por la pobreza, dejando las riquezas; el honor, por el servicio; la soberbia, por la humildad. Tú eliges.

María proclama al Dios «*Poderoso*» porque «*su misericordia llega a sus fieles de generación en generación*». Dios pone su poder al servicio de la compasión. Desde su corazón de madre, María capta como nadie la ternura de Dios, y nos introduce en el núcleo del mensaje de Jesús: Dios es amor compasivo.

Con María y como María, pide a Dios que te dé entrañas de misericordia para no juzgar a nadie. Que te haga descubrir su ternura. Sencillez y misericordia van unidas a un corazón grande, que ama y perdona como el de Dios.

María proclama también al Dios de los pobres porque «*derriba del trono a los poderosos*» y los deja sin poder para seguir opri-

miendo; por el contrario, «*enaltece a los humildes*» para que recobren su dignidad. A recobrar esa dignidad, nos ayuda La ascesis monástica. (c.25) *“La quietud del alma, que se cultiva en el silencio, es fruto, sobre todo, de la pureza y sencillez de corazón. Por eso el monje debe acogerse gustosamente y con espíritu de gozosa penitencia a los medios que para este fin emplea la Orden: el trabajo, la vida escondida, la pobreza voluntaria, las vigiliyas y los ayunos”*.

María nos enseña como nadie a seguir a Jesús desde la vida cisterciense, comunicando al Dios de la compasión, trabajando por una comunidad más fraterna, y confiando en el Padre de los pequeños.

Ella se ha encontrado con un Dios que le ha creado más interrogantes que repuestas hechas; Ella tuvo que realizar el camino fiada en la Palabra de modelo en nuestra vida de creyentes. Cuando te asalte la duda: El Señor sea tu única certeza. Cuando el cansancio te pueda, repite: “Venid a mí los que estáis cansados y agobiados”. Cuando la soledad te abrume, recuerda: “Yo estoy contigo, todos los

días”. Cuando la incomprensión se cebe en ti, ya sabes: “El Señor se interesa por ti”.

Te saludamos María, la primera discípula, la mejor. Cuando Abdón escucho la llamada de tu Hijo, aquel inolvidable “Venid y lo vereis”, antes de ponerse en camino volvió hacia ti la mirada para saber cómo se hacía eso de ser discípulo. A lo largo de estos años, cuántas veces, en los momentos de despiste, cuando se nos acababa el vino, en los momentos de deserción, de cansancio, de hasta aquí hemos llegado... cuántas veces has sido tú, la que sin mostrarte, te has acercado discreta, como siempre, a susurrar a su corazón: “haced lo que Él os diga”.

A tu cuidado encomendamos la nueva vida cisterciense que hoy comienza el Hno. Abdon.

La nuestra, la de todos los seguidores y seguidoras de tu Hijo Jesús.

Sta. María de Las Escalonias, Madre de Dios y Madre nuestra, ruega por nosotros.

**P. Isaak Totorika Izaguirre. O.C.S.O.
Abad del Monasterio de la Oliva**



PROFESIÓN SOLEMNE

Hno. ABDÓN RODRÍGUEZ HERVÁS

Si toda la vida cristiana es de vida pascual nacida del bautismo por el que el cristiano muere con Cristo para resucitar con El, él monje en su profesión se compromete a seguirle de una forma más comprometida, aceptando compartir sus sufrimientos al perseverar en el monasterio hasta la muerte, para de este modo participar también con Cristo en su reino glorioso. (*Regla de San Benito. Prólogo*).

¡FELICIDADES!





UN SANTO ES POR DONDE PASA LA LUZ

Un catequista pregunta a unos niños: ¿Qué es un santo? Se hace silencio en el pequeño grupo. El catequista insiste: ¿Qué es un santo? Una niña levanta el brazo y el dedo y con ojos chispeantes y gesto de éxito y seguridad, responde: “Un santo es por donde pasa la luz”. La niña recordaba la vidriera de la iglesia del pueblo, pero ¡qué definición más maravillosa de un santo!: **Un santo es por donde pasa la luz.**

Escribo estas líneas en la Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María, Patrona de la Familia Cisterciense en este Misterio, después de haber recibido y leído la Felicitación de Tina, Miembro del Comité Internacional de la Asociación de Laicos Cistercienses por la lengua española. Creo que en este día de la Asunción de la Virgen María, la definición de esta niña adquiere plenitud. Un santo, ¡la Virgen gloriosa!, es por donde pasa la luz, que ya trajo al mundo con su “Hágase” a los designios de Dios. Le dejó realizarlos maravillosamente en ella, como lo canta en el Magnificat del evangelio de este día: “El Poderoso ha hecho obras grandes en mí”. Es más, puso todo su ser a disposición de Dios con incondicional colaboración. Ella le dio su palabra y le entregó su vida para dejarle hacer.



Pero Dios, que no se deja ganar en generosidad le devolvió muchos cientos por uno, llevándosela al cielo en cuerpo y alma, no para que se desentendiera de nosotros, que seguimos peregrinando hacia la luz por los caminos del mundo, sino para estar desde Dios más cerca de nosotros como madre y “Mediadora del Mediador”, que la llama san Bernardo.

El lema del V Encuentro Internacional de Dubuque quería ser también como un rayo que trasmite luz: “*Crecimiento en el Espíritu: Llevando a nuestro Hogar el Carisma Cisterciense*”. Ocho fraternidades y más de 20 hermanos y hermanas de habla española estábamos representados en aquel interesantísimo Encuentro. Era una buena representación

La luz anuncia la llegada del día y después es testigo, presencia del sol que lo ilumina todo. Luz y testigo son dos realidades que hacen presente un mensaje, una persona, la salvación. El papa Pablo VI decía en la exhortación *Evangelii Nuntiandi*: “*El hombre moderno escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, y si escucha a los maestros es porque son testigos. Experimenta una repulsa instintiva hacia todo lo que puede aparecer como mitificación, fachada, compromiso*” (n.41). Expresión que ya había dicho unos años antes a los miembros el Consejo de Laicos, recibidos en la audiencia general del 2 de octubre de 1974.

El Papa señalaba cuatro motivos de esta atracción del mundo actual hacia el verdadero testigo de Cristo:

- porque el hombre moderno, comprometido en la conquista y en la utilización de la materia, *experimenta hambre de otra cosa*; una soledad extraña...
- los hombres de este tiempo son *seres frágiles* que conocen fácilmente la fragilidad, la inseguridad, el temor, la angustia. Tienen necesidad de encontrar

a otros hermanos que irradian seguridad, alegría, esperanza, caridad a pesar de las pruebas y contradicciones por las que también ellos se sienten afectados, como *testigos* de la fuerza de Dios que proporciona caminos de esperanza.



- las generaciones nuevas están especialmente *sedientas* de sinceridad, de verdad, de autenticidad; sienten horror al fariseísmo y todas sus formas. Por ello se adhieren al *testimonio* de existencias plenamente entregadas al servicio de Dios. Corren para encontrar a los discípulos del Evangelio, transparentes a Dios y a los hombres que se conservan jóvenes con la juventud de la gracia divina. Las jóvenes generaciones querrían encontrar más *testigos* del Absoluto. El mundo espera el paso de los santos.
- El hombre moderno se plantea también, y frecuentemente con dolor, el problema del *sentido de la vida humana*. Quien vive el Evangelio transmite la seguridad de quien ha encontrado un sentido, una realización para la vida

muy lejos de las recetas fáciles que se ofrecen cada día.

Este testimonio (*testigo*) personal debe ser testimonio de todo bautizado, de todo confirmado, laico, religioso o sacerdote. Pero los laicos están llamados a vivirlo de forma particular en el seno mismo del mundo... También ellos han sido llamados a favorecer entre sus hermanos el reencuentro directo con Jesucristo. Su *testimonio* no es un *testimonio* mudo... La Iglesia haría estéril el evangelio, y se esterilizaría a sí misma si proclamase un ideal abstracto, aunque estuviese bien presentado, sin que los laicos presenten este ideal como una levadura encerrada dentro de la masa. Las convicciones sobre este fundamental punto del *testimonio* personal encontrarán gran acogida en vuestros corazones.

Precisamente por aquellos años comenzaban a aparecer por aquí y por allá las primeras fraternidades de laicos cistercienses a manera de grupos más o menos definidos, pero que buscaban algo profundo aunque no fácil aún de expresarse. Ese algo podemos decir hoy con mayor claridad es Jesucristo. No un algo sino un Alguien que da sentido pleno, a la vida, a la convivencia, al esfuerzo por estimular todo lo que construye y vale la pena vivirse; y que ilumina con toda claridad para discernir lo que puede desviar del verdadero camino. ¡Cuántas veces lo ha repetido el papa Benedicto XVI a los jóvenes, a toda la Iglesia, a los hombres de buena voluntad en la 26 Jornada Mundial de la Juventud en Madrid en agosto pasado!

Más testigos que maestros; maestros de vida que la enseñan viviéndola. Si por un imposible se perdieran los Evangelios, o nos los arrebatara el mundo, los discípulos de Jesús seríamos evangelios vivos, encarnados, como lo fue Jesús. Predicaba, enseñaba lo que vivía.

Rabí, ¿dónde vives? Él les dijo: "Venid y lo veréis". Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día. Vivir con el Maestro. Irradiar al Maestro en nuestra vida. Eso busca en el fondo y espera el mundo de nosotros, aunque a veces lo manifieste con el rechazo, que es otra manera de sentir una presencia.

P. Daniel Gutiérrez Vesga. OCSO

DUBUQUE 2011 - 23 de Mayo HOMILIA - LUNES 5º DE PASCUA

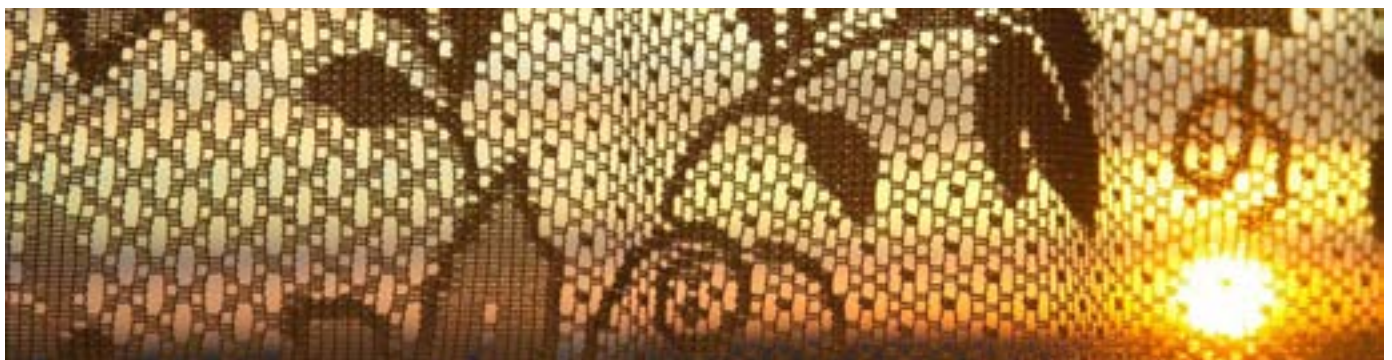
El que me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendemos a él y haremos morada en él... El Espíritu Santo...será quien os lo enseñe todo.



Queridos hermanos y hermanas, este texto de san Juan es el fundamento bíblico sobre el que san Bernardo construyó toda su enseñanza teológica y espiritual. Habla el santo de tres advientos o venidas del Verbo de Dios a los hombres. La primera fue en su nacimiento en la tierra, la segunda será en su retorno al final de los tiempos, la tercera o intermedia se realiza en las almas. La primera se realizó en humildad, la última se realizará en gloria, la tercera intermedia se realiza en la paz. Es oculta, íntima, y se realiza en las almas. Respecto a su frecuencia, es diaria, dice el santo. Su eficacia, transformante. Extingue los vicios, fomenta las virtudes. (SC 74,4ss). Se realiza por el amor. Siete veces ha aparecido en el texto evangélico la palabra amor.

Ayer se dijo varias veces que el Movimiento de los laicos cistercienses es obra del Espíritu Santo. En este sentido se inscribiría en aquella presencia activa del Espíritu que animaba el dinamismo de la Iglesia naciente que describen los Hechos de los Apóstoles en el tiempo pascual. Esa acción del Espíritu espera de nosotros escucha, apertura, acogida. Fue la actitud de la Virgen de jovencita. *La fuerza del Espíritu vendrá sobre ti*, le dice el ángel, *Hágase en mí*, responde ella. María confirmará que el Espíritu le tomó la palabra. *El Poderoso ha hecho en mí obras grandes*. No hace mucho tiempo me decía una persona que siente miedo al pronunciar en el Padre nuestro la petición: *Hágase tu voluntad*, por si el Señor le toma la palabra. Usted ha comprendido el Padre nuestro, le respondí.

La Virgen que de jovencita se preparó tan bien a la acción del Espíritu Santo para que naciera de ella Jesucristo el Salvador, acompañó también en oración a los apóstoles para que el mismo Espíritu hiciera nacer con ella el nacimiento de la Iglesia, constituyéndola así madre de Dios y madre de los hombres. Y ya no aparece más la Virgen en la Escritura. Cumplió fielmente, con humilde intrepidez la misión que Dios le había confiado. Que ella eduque nuestros corazones en una apertura y docilidad como la suya a la acción del mismo Espíritu. Ella puede decirnos estos días como en Caná: *Haced lo que él os diga*, y con Jesús en el evangelio de hoy *El Espíritu Santo será quien os lo enseñe todo*.



CARTA DESDE LA COORDINACIÓN GENERAL INSEGURIDAD

Estamos, como bien dice nuestro P. Bernardo Olivera, en un cambio de época y en una época de cambios.

El sistema occidental de mercado llamado libre se ha caído, hace aguas por todos los lados y aún no sabemos qué saldrá, con el espectáculo indecente de los poderosos y los bancos quedándose con todo, expropiando a los pobres y chantajeando a los Estados. Dejando aparte el escándalo de la existencia de un Tercer Mundo (que ya es dejar), los Estados ya no son capaces ni de cubrir para sus propios ciudadanos el derecho a la vivienda o el derecho al trabajo.

Todos lo estamos viendo y viviendo en nuestras propias carnes y familias, con no poco dolor.

Y estamos también viendo a las democracias occidentales intentando salvar los muebles de sus despachos y ministerios ante una sociedad y un mundo que tenían maniatado y que se les desborda como una inundación, y cuya única respuesta ante los problemas del mundo parece ser la voz de odio de las armas, y su lema, ya a cara descubierta, el sálvese quien pueda.

Podríamos enumerar infinidad de casos, pero no es necesario. Todos los conocemos y los tenemos en las calles de nuestros pueblos y en las puertas de nuestros hogares.

Época, pues, de cambios.

También en la Iglesia. Todos, a no ser que no queramos verlo o miremos a otro lado, estamos viendo que el Espíritu sopla donde quiere, no donde nos gustaría o donde queremos mandarle que sople. Todos vemos antiguas respuestas que ya no llegan, que no sirven. Es tiempo de nuevos modos, de nuevas formas, de nuevos lenguajes. Y sin miedo. Las puertas del infierno no podrán contra ella, contra nosotros, así que tranquilos. Es Dios quien conoce los tiempos. También cuando el imperio romano cayó y la civilización conocida se enfrentó a lo desconocido, el cristianismo y la iglesia se reinventó a sí misma. Ahora está volviendo a pasar lo mismo y la Iglesia tendrá que volver a crearse a sí misma, a dejar que

el Espíritu la transforme. Ya lo está haciendo. Ya han surgido y siguen surgiendo grupos, movimientos, personas, inspiradas por Dios, empujadas por El, a dar testimonio, a vivir la fe cristiana de un modo novedoso. El Vaticano II fue un germen profético de todo ello.

Esto crea inseguridad.

Decía Arrupe, aquel vasco que fue General de los jesuitas, aquello de "*Tan cerca de Dios no habíamos estado acaso nunca, porque nunca habíamos estado tan inseguros*".

Pero no es un camino fácil. Ahora, en los trabajos, en la sociedad, en las familias, en los hijos, en los matrimonios, todos caminamos por senderos que nos resultan estrechos y a menudo empinados. Hoy, en mi trabajo, como en todos o casi, andamos ahí, al aire de un parón que eche todo al garete, o de un empujón que hunda el negocio. Y uno se siente colgado sólo de la fe, de la confianza, de la esperanza. Hace unos años, una crisis parecida en un trabajo anterior, me mandó una temporada al paro. El paro es una especie de charco de aguas sin sentido que no van a ningún lado, que a nadie le interesan y a las que sólo se les pide que no molesten demasiado. Pues allí, en aquel charco, yo sentía muy cerca la Presencia de un Padre misterioso, cuya voluntad entonces hacia mí no acababa de entender, pero de quien sabía que sólo estaba esperando el momento, el tiempo concreto y sagrado, en que la prueba se hubiera cumplido para mí. Y entonces, igual que alza de la basura al pobre, me tomó de la mano y me sacó de allí. Es una de las veces que más cercano he sentido a Dios. Quizá porque era una de las veces en que más tenía que abandonarme a El, puesto que todo lo demás no servía de nada.

Una vez leí en algún sitio que en occidente los pobres son –eran– los que pueden ir al paro. Los que pueden ver su vida inundada por la inseguridad.

Hoy se ven cosas que hace unos años no se veían. Nos eran impensables. Pensábamos que la abundancia estaba asegurada para siempre y que el Estado, que arrogante-

mente se apellidaba “del Bienestar”, iba a durarnos eternamente. Hoy vemos por todos lados familias que se necesitan unos de otros. El derroche convertido en escasez. Las personas antes ahogadas en la abundancia hoy preguntándose qué merece la pena y qué no. Hay que aprender. A mí este año me toca ayudar a gentes más que me necesitan. Hace unos años me tocó ser ayudado. La generosidad es más fácil que la humildad; es más fácil ayudar que pedir ayuda. También hemos de aprender esto.



Los pobres siempre inseguros. Ni el pan. Ni techo. Ni trabajo. Nada tienen seguro. Nada tenemos seguro. Sólo a Dios. Dios es de los pobres.

A veces repetimos las cosas sin pensarlas: ¿es posible orar el Padrenuestro sin ser pobre? El Padrenuestro, la oración del Señor, es una oración de pobres. Pobres que cuelgan su esperanza de la Voluntad del Padre, que piden hoy el pan para hoy. A veces estamos tan lejos de todo esto, que rezamos el padrenuestro sin saber ni sentir qué estamos diciendo.

¿Y nosotros, qué buscamos tras las cuatro letras de la palabra Dios? ¿No es casi siempre seguridad, incumpliendo su palabra?

Es aquello de los lirios del campo y las aves del cielo. Y lo de los pelos de nuestra cabeza, contados. ¿Vivimos esto?

¿No gastamos tiempo ingente y recursos en darnos seguridad?

No existe esa seguridad, ídolo al que sacrificamos no poco.

Nuestra única seguridad es la Palabra de Dios. Que nunca falla. Pero que pocas veces nos dice lo que queremos oír.

Quien quiera guardar su vida, la perderá. Quien la pierda, se salvará.

No queremos verlo, pero cuántas veces nosotros somos como aquellos seguidores de Jesús cuando pronunció aquellas palabras que se les antojaron duras, tras el discurso del pan. Y que, disimuladamente, se fueron alejando y le dejaron solo.

Y sabemos que sólo él tiene palabras de vida eterna, pero somos flojos y cobardes. Y en el fondo, hombres de poca fe.

Sacudámonos. Levantémonos. En las Escrituras, cuando Dios entra por sorpresa en las vidas de José y de María y de los discípulos, casi lo primero que les dice siempre es “levántate”. Estamos apoltronados, acomodados. Y no queremos movernos. Afuera hace frío, las cosas están muy difíciles para todos y yo aquí me he construido con mucho esfuerzo un rincón caliente y seguro. Pero la Palabra no habló eso, sino algo sobre no tener dónde reclinar la cabeza.

Que el viento del Espíritu, que no se sabe de dónde viene ni adónde va, abra todas las ventanas de nuestra casa. Que agite todas las hojas de nuestras ramas. Que lance por los aires todas las hojas de nuestro escritorio y todos los libros que atesoran nuestros armarios. Que no quede ni una, que no quede nada.

Porque entonces podremos ver qué queda. Qué somos. Qué es él. Y dónde nos encontramos.

A menudo, o siempre, en esa tierra sin un lugar donde reposar la cabeza, que los hombres llamamos inseguridad.

Y que podríamos llamar cercanía de Dios.

Hno. Guillermo Oroz

CRONICAS DE LA FRATERNIDAD

MARZO DE 2011

Poco a poco nos vamos incorporando al encuentro de la fraternidad tan deseado.

Después de los saludos y abrazos, iniciamos el día, rezando la lectio Divina, con las lecturas de la fiesta de San José: el libro de Samuel, S. Pablo a los romanos, Mateo 1, 16-18; 21-24.

El P. Daniel nos pone delante una reflexión con estas lecturas para poder saborear mejor la lectio Divina. "Dios nos promete a través de los profetas una descendencia que saldrá de tus entrañas (del libro de Samuel). Dios es un Dios de todos, esclavos y libres, y así se lo promete a nuestro padre Abraham: serás padre de muchos. Dios establece con su pueblo una alianza y es fiel a sus promesas. Su linaje será perpetuo, (nos dice el salmo). Dios va anunciando a su pueblo, su compromiso de amor para con él, hasta la llegada de su propio Hijo, Jesucristo con el que Dios salvará a su pueblo definitivamente, ese compromiso de amor con el hombre, le lleva a entregar a su propio Hijo a la muerte, para la salvación de todos. En Cristo, hemos sido salvados de nuestros pecados.



La fe de José y María, su fiat, hacen posible la venida del Hijo de Dios, nuestro salvador, a la tierra, haciéndonos a todos Hijos de Dios.

Esta mañana del sábado, queremos dejar que resuene en nuestros corazones la Palabra de Dios, que cale en lo mas hondo de

nuestro ser para hacerla vida nuestra.

Después de un buen rato de meditación con la Palabra, nos hemos dado un pequeño descanso, antes de asistir a la Eucaristía con la comunidad, en la que el P. Daniel, en su homilía, pone de relieve el sacrificio, la renuncia y la entrega de S. José.

Después de una suculenta comida (como siempre), nos hemos reunido de nuevo, esta vez para hablar sobre el viaje del Encuentro Internacional que se celebrará en mayo en Estados Unidos. Una vez asignada la persona que va a representar a la Fraternidad de la Oliva, damos por cerrado el tema, y pasamos al de la excursión a San Pedro de Cardaña en Burgos, que la fraternidad va realizar también en mayo.



Se presenta el libro para este año con el que realizaremos el trabajo-oración durante este curso. Se ha elegido, "La Vida Iluminada" de Joan Chittister, OSB. Se ha optado por la misma metodología, puesto que nos ha ido muy bien hasta ahora. Con una pequeña puntualización, que en los encuentros próximos, el P. Daniel nos hará una introducción de la Palabra, para así, ayudarnos a profundizar más y mejor sobre ella.

Se ha pedido por unanimidad, que en los ejercicios, de junio, se guarde absoluto silencio, para no romper con el clima de oración-meditación. También se han ampliado el horario de los encuentros en media hora.

A la salida de vísperas, nos despedimos de varios hermanos que partían de nuevo

a su casa, deseándoles un feliz viaje, y un deseo de volvernos a encontrar muy pronto.

EXCURSION DE LA FRATERNIDAD DE LA OLIVA A SAN PEDRO DE CARDEÑA

El viernes llegamos la mayoría de miembros de la fraternidad, y el sitio nos impactó. El enclave natural del que formaba parte el Monasterio transmitía una sensación de inmensidad y de paz indescriptible.

La acogida del Hermano José Luis fue impecable, nos ayudó a encontrar las lecturas, nos facilitó los salmos, la localización de las habitaciones en el laberíntico Monasterio. Gracias a él nos adaptamos rápidamente al lugar.



Una vez instalados asistimos al rezo de Vísperas, y lo que no sabíamos era la sorpresa que nos esperaba. Allí estaban nuestras hermanas, Carmen y M^o Carmen, que habían venido expresamente desde Murcia para estar



con nosotros, para acompañarnos y así aumentar un poco más la familia de laicos cistercienses que somos. ¡Son tantas las veces que

el Espíritu Santo actúa y no nos damos cuenta... ¡

El sábado, a primera hora de la mañana, llegaron nuestros hermanos de Pamplona. Tras los saludos de rigor, visitamos la Cartuja y la Catedral. Tuvimos como guía a Fernando, el coordinador de la Fraternidad de Cardeña, que junto con Adela, su mujer y M^a José, también quisieron acompañarnos durante ese día.

La explicación de Fernando fue excelente, hasta el punto de que le pregunte, espontánea o imprudentemente, no sé..., si era profesor de Bellas Artes. Está todo dicho, ¿no? un 10 para nuestro guía particular.



El tiempo..., como siempre que organiza Bilbao: lluvia, frío... ¡no hay forma de dejarlo en casa!



Después de ver la Catedral fuimos a las Huelgas, pero no llegamos a visitarla. No hubo tiempo para eso, ya que nos esperaba un delicioso aperitivo con el que nos obsequiaron nuestros hermanos de Cardeña.

Puntuales a la comida y tras reponer fuerzas, el Hermano José Luis, con el buen humor que le caracteriza, nos enseñó el Mo-

nasterio.



Es precioso, tiene mucha Historia y una Iglesia que me llamo la atención en particular por la luz que entraba desde fuera, creo que es la única Iglesia Cisterciense que alberga una luz natural tan especial. El Monasterio precioso, muy limpio, pero eso sí, hizo un viento gélido.

Conforme transcurría el tiempo, hacíamos el sitio más nuestro y el silencio y la paz se hacía sentir de forma más intensa.

Os he tenido presentes a todos lo que

no habéis podido acudir. Nos veremos en Mayo de 2012, en el encuentro de Fraternidades de España. Han decidido retrasarlo un par de meses respecto a la fecha prevista inicialmente, creo por nuestro bien, os lo aseguro. Porque si en Mayo hace "fresquito" como decimos por Bilbao, en marzo el aire no será gélido, sino glaciario. Aunque en Cardeña no es necesario salir del Monasterio para ir a la Capilla o la Iglesia y asistir los oficios. A ver si La Oliva se anima y le pide a Calatrava una pasarela.

Muchas gracias a la Comunidad de Cardeña, a las dos "Cármenes", a Fernando, Adela y a M^a José, por acompañarnos en nombre de vuestra Fraternidad.

Un recuerdo sincero a todos los que han pasado por la fraternidad para que, allí dónde estén, el Señor sea su refugio y su roca.

Que el Espíritu Cisterciense nos mantenga siempre unidos en la oración.

Un fuerte abrazo.

Hna. Pilar Puente



ENCUENTRO JUNIO 2011





ALBERTO, EN SUS PROPIAS PALABRAS

Querido hermano/a, próximo a cumplir mis ochenta y siete años, te entrego este trabajo por mí realizado...

Dios nos quiere.

Dios quiere que nos salvemos.

Dios quiere que seamos felices en el mundo.

La Biblia es Palabra de Dios.

La Biblia contiene el conocimiento de la vida.

La Biblia nos indica nuestro camino a seguir.

Conocer la Biblia.

Extraer las bondades de la Biblia.

Encontrar la felicidad aplicando lo que expresa la Biblia.

No tener miedo a la muerte.

Esperarla con serenidad.

Agradecimientos:

A Dios que tanto me ama y está pendiente de mí.

A mis padres que me inculcaron la formación cristiana.

A mis educadores.

Al Císter, y más concretamente al monasterio de La Oliva, donde he aprendido a conocer y saborear la Biblia.

A nuestra Fraternidad Cisterciense de Laicos, con la que hemos profundizado en nuestra fe y espiritualidad, con nuestra oración, formación y confraternización tan fundamentales en nuestra vida en el mundo.

Por último, confío que por vuestro amor al prójimo les hagáis partícipes de las bondades de la Biblia.

Hno. Alberto Frutos

HASTA SIEMPRE, HERMANO ALBERTO

La alabanza y la acción de gracias es la manifestación más exacta del sentimiento que nos embarga en estos momentos. Damos muchas gracias a Dios por la persona de nuestro hermano Alberto. Era de esos seres humanos que resulta difícil olvidar y que dejan una honda huella en nuestros corazones.

Te conocimos en la abadía cisterciense de Santa María de la Oliva, en Navarra. ¿Cómo no iba a ser allí? Tu querido monasterio. Para nosotros eran los comienzos, para ti, tu segundo hogar.

A lo largo del tiempo nos hemos conocido como hermanos de la Fraternidad de Laicos Cistercienses, en este mismo monasterio.

Hemos sido testigos de las muchas virtudes y dones que el Señor puso en ti, y que desde el principio se hicieron patentes, esa generosidad y disponibilidad hacia el hermano, difícil-

mente superables.

Hombre inquieto, luchador, apasionado, tenaz y valiente, con una capacidad admirable de reponerse ante las pruebas, que no fueron pocas, a lo largo de tu vida. Nos dejabas admirados.

Trabajador incansable. Para ti la jornada empezaba muy temprano: visita al Santísimo, Eucaristía, oración personal, y como gran amante de la Palabra, la lectio. Ni que decir tiene tu gran amor a la Virgen, y en consecuencia, tus paseos hasta la Basílica del Pilar para visitar a la Madre de todos. Esa madre de la que eras caballero (Caballero de la Virgen del Pilar).

Cuando llegaba el fin de semana, viaje a La Oliva, ese punto de referencia espiritual y de encuentro, donde tenías puesto buena parte de tu corazón. Siempre nos decías que el

coche ya se sabía el camino. Qué gran amor tenías a ese monasterio, a la Comunidad monástica y a la Fraternidad del mismo, por la que tanto te desvivías. Todo ello formaba parte de una búsqueda de Dios, de seguimiento fiel a Cristo, apoyado siempre en la Regla de San Benito, y en un marco de caridad fraterna.

En el 2009 celebramos el décimo aniversario del nacimiento de la Fraternidad de Laicos Cistercienses. Tal acontecimiento se produjo el 13 de Marzo del 1999, fecha que ha pasado a la historia de la Fraternidad.

Punto importante fue la elección del primer coordinador (responsable) para dar cuerpo a esa naciente Fraternidad. Por unanimidad, se votó a tu persona: Alberto Frutos de Zaragoza, con la carga de responsabilidad que ello suponía. Se decía de ti que eras la persona idónea para poner en marcha a la nueva fraternidad, pues transmitías entusiasmo juvenil, a pesar de ser el veterano del grupo en edad. Te tocó ser el hermano mayor, con tareas de asentar, fortalecer y ayudar a crecer a esa criatura que acababa de nacer.

Además del papel de cercanía personal con cada uno y con todo el grupo, asumiste la representación ante otras fraternidades, cauce de comunicación con el padre espiritual, nombrado para atender nuestra fraternidad. Así fueron los comienzos, donde fuiste una pieza importante, por lo que te estamos felizmente agradecidos.

Los miembros de la Fraternidad de La Oliva, se fueron renovando, algunos permanecen, otros marcharon buscando otros caminos que les llevaran a Dios. Con el paso del tiempo, otros fueron tomando el relevo del servicio en las distintas tareas de coordinación que eran necesarias en cada momento. Los que te conocimos posteriormente, damos testimonio de que aquella ilusión, entusiasmo, cercanía, disponibilidad, no mermaron en absoluto, antes bien permaneciste fiel a Cristo y a la Fraternidad. No solo a disposición de los miembros de la misma, sino de toda aquella persona que se acercaba al monasterio y contactaba contigo.

En la reunión del 13 de Marzo del 1999, el entonces director espiritual de nuestra Fraternidad, el padre Jesús María Hernández Basurko, afirmaba a los componentes de aquella naciente fraternidad: “Estoy convenci-

do y perdonadme por lo que tenga de acontecimiento, que el Señor ha ido trabajando nuestra vida a través de nuestro contacto con La Oliva, como para dar cuerpo y poner la primera piedra de esta Fraternidad, que sólo Él, sabe a donde va a llegar, y que es lo que va a aportar a nuestras vidas, a la Comunidad de monjes y a la Iglesia.”

Igualmente os manifestaba que se sentía desbordado y emocionado por la calidad humana y espiritual que habíais dejado que el Señor moldease en vosotros. Estaba claro que aquella obra era de Él, pero poco o nada podría hacerse si no encontraba tierra fértil donde depositar su semilla. En ti, la encontré, ¡vaya que si la encontré!

No hace mucho que quisiste poner en marcha, aquello que llevabas rumiando desde mucho tiempo atrás y que te hacía tan feliz poder llevar a cabo. Tu entusiasmo nos contagió a todos, y manos a la obra nos pusimos en camino de tener una biblioteca en la Fraternidad, con el debido consentimiento del Padre Abad y de la Comunidad. No escatimaste esfuerzo ni trabajo en ir y venir a comprar las estanterías en las que, por fin, verías los libros perfectamente organizados y clasificados, Llevar tu propio ordenador para que fuese en la biblioteca donde diera su mayor rendimiento etc. Es el legado que nos ha dejado nuestro hermano mayor Alberto.

En el encuentro del 12 de Diciembre del 2010, de nuevo nos dejaste impresionados con tus aportaciones, ideas de formación para el año entrante, tus ganas y tus fuerzas siempre renovadas, tus deseos de evangelización para este milenio. Solías decir que querías hacer llegar a los demás aquello que a ti, tanto bien te había hecho.

Alberto Frutos, falleció, el 17 de Diciembre del 2010, a la edad de 88 años. Celebrando la Navidad con un grupo de amigos, dando testimonio y hablando de su querida Fraternidad de La Oliva. Para él, la Navidad comenzó una semana antes.

Ante una persona con esta calidad humana y espiritual, del corazón nos brota la alabanza: “Bendito sea el Nombre del Señor ahora y por siempre” Gracias, por haber podido conocer tan de cerca esta alma, que hoy nos mantiene en la fe, y con la esperanza de seguir hacia delante. Hasta siempre, querido

hermano Alberto. En esta pequeña fraternidad de Zaragoza, que tú tanto querías, nos has dejado una gran huella, pero te queremos hacer presente en nuestros encuentros llevándote en el corazón y en nuestra mente, y ante esa silla vacía que tu has dejado, en ese lugar de la mesa, colocamos el recuerdo de la medalla que llevabas contigo hasta el final de tus días, y que tan generosamente

nos ha sido regalada por tu familia, un detalle que para nosotros ha supuesto un motivo de gran alegría, cercanía y agradecimiento.

Hasta siempre hermano Alberto. Hasta que nos encontremos contigo junto al Señor. Un beso.

Tu grupo de Zaragoza

LA VIDA ILUMINADA

Para llegar a la espiritualidad en la vida diaria, es necesario librarse de las presiones de la vida sin huir de las mismas. “La persona verdaderamente espiritual tiene que ver con vivir una vida plena, no una vida vacía”.

No debemos tirar nuestra vida, malgastar ni enterrar nuestro talento, porque la vida es lo único que tenemos en la vida. “Las cosas no hacen que la vida sea vida...”

Lo que determina la calidad de nuestra vida es nuestra actitud ante ella, no las circunstancias con las que nos encontramos. Podemos vivirla bien o mal, es el precio de nuestra libertad, es decisión nuestra.

Lo más importante es poder llegar a una unidad de vida en la que todo esté perfectamente en orden con relación a lo que somos y lo que es Dios es nuestra vida. Esto es lo que nos permite ser contemplativos en medio del caos de la vida de nuestro mundo.

Tenemos que estar preparados para que las presiones del mundo no nos alejen de Dios; por eso es necesaria una comunicación en la oración y en la vida con Aquel que nos ha creado en cuerpo, alma y espíritu. Es fundamental no olvidar ninguna de nuestras dimensiones para que no languidezca nuestra vida y sea vida en plenitud y en abundancia.

No podemos implicarnos parcialmente en el camino espiritual. El equilibrio esté en llegar a un todo: una vida de una pieza, ser hombres y mujeres de una pieza. En medio de las vicisitudes, para realizar esta labor, tenemos necesidad de meditación, de comprensión y de paz del espíritu.

“La vida no es una prueba de resistencia; es un misterio que se ha de revelar”. ¡Qué importante es saber y poder extraer el máximo de la vida! Equilibrio.

Dios está en nosotros y nosotros en el seno de Dios. ¡Señor, quiero hacerte presente en mi presente y consciente en mi inconsciente! Lo que está delante de nosotros es lo que menos vemos. No podemos acabar saliendo de cada situación lo mismo que entramos. A lo largo de nuestra existencia nos encontramos distraídos y dejamos de vivir nuestro presente, preocupados por un futuro o languideciendo por un pasado. Dios está siempre en mi presente. El presente es el templo en el que Dios es.

Contempla como sagradas todas las cosas, nos dice S. Benito. Todo en la vida tiene su resonancia, sólo tenemos que aprender a escucharla, ser conscientes y abrir los sentidos del cuerpo y del alma para descubrirlos. Dios nos habla a través de todos y cada uno de los acontecimientos de nuestra vida. ¿Qué me está diciendo Dios ahora?.

Ante lo bueno y lo malo de todo lo que nos acontece, Dios se hace presente para obtener de nosotros una respuesta, un corazón nuevo.

Esto es un aprendizaje que dura toda nuestra existencia. Un aprendizaje de amor. Escuela de amor. Ver a Dios en el hombre es caminar por un camino espiritual. En la vida, todo está pensado para llevarme más allá de mi yo superficial hasta mi mejor yo, hasta ese Cristo que vive en mí.

Hablemos de la belleza. Para alcanzarla, hay que trascender y elevarse por encima de la vulgaridad, la rabia, los egoísmos... nos lleva a ser más, mejor de lo que somos. Es el reflejo de la transformación del hombre en hijo de Dios, de la desemejanza a la semejanza, el retorno a la imagen de amor que Dios ve en nosotros.

La belleza nos lleva más allá de lo ordinario, de los intereses propios. La belleza alimenta la contemplación. Voz y luz que nos grita: ¡Más! ¡Aún hay más!

No tiene nada que ver con lo que el mundo llama belleza. Tiene que ver con el gusto para reconocer la calidad profunda de la verdad. La belleza es verdad y la verdad es belleza.

Llegamos a la belleza cuando somos lo que realmente somos. Ser auténtico es ser bello. En griego a los padres del desierto se les denominaba “los bellos ancianos”.

No podemos esperar la virtud de la vida sin fomentar la plenitud del alma. Para ser contemplativos tenemos que eliminar el desorden de nuestras vidas, rodearnos de belleza y regalarla consciente, infatigable y persistentemente, hasta que todo nuestro pequeño mundo empiece a reflejar la belleza que es Dios.

Lo que yo no haga, quedará sin hacer. Es responsabilidad mía cultivar mi belleza para crear un mundo más bello.

¡Ayúdame tú, Señor!

Grupo de Zaragoza

EL VIAJE INTERIOR

Somos, sí, contemplativos en medio del caos. En medio de un mundo que está casi siempre organizado para impedir la contemplación. Por eso nuestro camino es a contracorriente. El mundo está organizado para sacarnos de nosotros mismos, para no dejarnos ser lo que somos ni vivir la vida que Dios ha puesto en nosotros para que la llevemos a plenitud, vida en abundancia. Porque cuando uno ha alcanzado esa Verdad que uno es, ya no puede ser manipulado ni ser convertido en un títere o un producto de consumo. Porque la Verdad ya le ha hecho libre.

Espiritualidad es un viaje hacia el interior, al corazón, la morada de Dios en nosotros. Sin espiritualidad siempre estamos en el mismo sitio, moviéndonos en círculo.

Espiritualidad es consciencia de lo sagrado. Para acceder a ella, a esa consciencia, hay que profundizar. Profundizar en la consciencia del presente, único lugar en el que Dios está. Porque pasado y futuro son dos fantasmas irreales.

El viaje interior es un camino con mucho a recorrer y hacerlo muy despacio. Primero, atendernos a nosotros, a nuestro corazón, en vez de andar criticando el mundo. Y escuchar: ¿qué me dice Dios a mí en todas las cosas?

Todo es Dios hablándome.

Pero escuchar sólo es posible en el silencio. Hay que acallar los ruidos. Hay que eliminar muchas cosas para ser contemplativos. La manera de encontrar lo sencillo es

quitar lo complicado. La manera de encontrar el amor es quitar los odios. La manera de encontrar lo bello es quitar la fealdad.

La belleza está siempre detrás y antes. Porque es lo primero. Dios la ha creado, pero nosotros la hemos ocultado con nuestra basura. Hemos de quitar esa basura y la belleza surge sola.

La felicidad es la búsqueda de Dios y pasa por la limpieza de corazón. Hemos de salir de casa con Dios y volver a casa con Dios. Necesitamos la contemplación para encontrarnos con El. Porque somos parte de El. Es un retorno al hogar, una vuelta a casa.

Contemplar es ver. Dios está siempre delante de nuestras narices. Si no lo vemos, es que estamos ciegos. Casi siempre estamos ciegos.

Ver como Dios ve. Eso es contemplación. Pero estamos metidos en nosotros mismos, encerrados y, mejor, enterrados en nuestros egos: necesitados de resurrección.

El contemplativo vive en la belleza y de la belleza. Porque vive en y de Dios. La belleza es una palabra alta y clara de Dios. Si nos dejamos empapar en belleza, esparciremos belleza. Todo será convertido en belleza, hasta rehabilitar el alma del mundo.

Hay un cielo dentro de nosotros y no lo vemos. Hemos de verlo.

Hemos de practicar la belleza, más y más hondamente.

Grupo de Pamplona

EL MONASTERIO INTERIOR

Los primeros pasos: todo cisterciense busque en su interior. Busque hasta que encuentre lo que encuentre: sed, hambre, ansia, preguntas. Y viva ahí, hasta encontrar a Quien es agua viva, pan, gozo y respuesta.

Nuestro monasterio es la llamada que Dios nos ha hecho a cada uno. Inmersos ahí, en esa corriente de fe, en el eco, el sonido y el silencio de esa Voz que hemos escuchado, estamos en el mundo, pero ya no somos del mundo. Nuestro hogar es esa voz y esa llamada: un monasterio interior.



Sólo en contacto perseverante con esa raíz, cumpliremos nuestro camino. Sólo desde ahí nos construimos y nos constituimos persona, y sólo así, hechos nuevos, transformados, podemos asomarnos al mundo que nos rodea y dar testimonio de que hemos visto lo que hemos visto, sentido lo que hemos sentido y vivido lo que hemos vivido.

Vida cisterciense es humildad y sencillez. Vida interior en una escuela interminable de amor y servicio al hermano.

Nuestra comunidad no es unos pocos. Es el mundo entero. Círculos concéntricos, desde los más íntimos hasta el más lejano de nuestro prójimo. Nadie hay ajeno para el amor. Nadie es extraño para el amor.

El amor es la clausura de nuestro corazón. Afuera queda todo lo que sea reflejo o producto del ego, las costumbres del hombre

viejo. El amor no lo admite en el interior de nosotros. Es sólo que, a veces, no somos fieles al amor...



El amor se saca del pozo de la oración. Ahí, en el arroyo del silencio interior, echamos el cubo vacío de nosotros mismos y lo sacamos lleno de amor.

Nosotros nos topamos con la Palabra al amparo del monasterio. En ese contacto reanudamos nuestra fuerza. Apoyo y espejo son los monjes para nosotros: don de Dios. En quienes lo encontramos.

Pero nosotros no somos monjes. Lo dice mejor Bernardo Olivera, cuando era Abad General: *“¡Atención! Necesitamos que ustedes no sean fotocopias cistercienses en su versión monástica, sino que re-encarnen el carisma; nos hablen de él con otro lenguaje; descubran nuevas mediaciones; lo re-inculturen. Y para todo esto, no precisan pedirnos permiso a nosotros. El carisma es un don que hemos recibido y encarnado históricamente, pero no es nuestra propiedad. Los invito a seguir arriesgando e ir más allá de nuestras propias fronteras. En realidad, no soy yo quien los invita. Es el Espíritu quien les ha hablado al corazón y les ha invitado a recrear nuestro carisma cisterciense dándole una nueva forma.”*

Este es nuestro reto, que hemos de afrontar con valentía. A esto hemos de responder con generosidad, autenticidad y esperanza.

Grupo Pamplona

LOS OTROS

Soledad y comunión. Comunidad en soledad y soledad en comunidad. Y el silencio como clave de combinación de las dos en la tradición cisterciense. Las palabras nos unen con quienes nos oyen; el silencio nos une con todos.

Los otros, los demás, son el espejo necesario para vernos. Sólo cuando nos vemos en los demás, vemos nuestra realidad. Generosidad, paciencia, cariño, amistad, irritabilidad, flaqueza, todas las virtudes y las miserias de nuestro corazón brotan en el terreno de la compañía.

Los otros son también reto. El hermano que nos busca, que nos espera, que está simplemente, es una llamada. Es Dios que nos busca, nos espera, está. Podemos mirar hacia otro lado y perder, uno a uno como tantas veces hacemos, los dones que el Señor pone en nuestro camino. O podemos aceptar la oportunidad y el regalo, y salir de nosotros mismos y de nuestra comodidad y responder.

Los otros son comunión. Si no podemos amar a quien vemos... Cuando se lo hicisteis a uno de estos... Sobran las palabras. El Evangelio, y la verdad que nos golpea a porrazos el corazón, no necesitan grandes comentarios. Gracias, Señor, por explicarlo a los sencillos...

Los otros son únicos. Ojo con querer que nadie sea lo que no es. Dios nos creó con sus propios dedos de alfarero y aún sus huellas están en nosotros. Ya nos conocía, antes de entrar en el seno materno, y todos nuestros días, y los pelos de nuestra cabeza, y antes de crear el mundo. Aquí sólo nos cabe un respeto infinito ante el Misterio más grande. Y una postura, una actitud, también clara: amaos.

Nadie sale nunca de un encuentro igual que llegó a él. Cada vez que estamos con alguien, sus palabras y las nuestras, sus gestos y los nuestros, sus miradas y las nuestras, las sonrisas o el rostro arisco, todo ello deja su poso en el otro y en nosotros mismos. Cada encuentro es una oportunidad para crear un mundo más hermoso o más deteriorado. Un

granito de arena hacia la civilización del amor o un plástico más tirado en el basurero en que estamos convirtiendo la maravillosa creación de Dios. Un paso hacia el Reino o nada.

Los otros, en fin, no son los otros. Son uno mismo. Todos somos uno. En Cristo. Un mismo cuerpo, un único espíritu. Danos, Señor, luz pronto y clara para verlo y vivirlo. Intensamente y con todas sus consecuencias.

La vida cotidiana es vida real. Otra no hay. Lo demás, es huida, escapismo.

El Ordo es imprescindible en la vida espiritual: nada es posible sin constancia, sin perseverancia. Si no, todo se nos hace dispersión.

Estar donde tenemos que estar. Dios siempre está aquí y ahora. Nunca luego –ni ayer- ni allí. Buscamos a Dios en las grandes celebraciones, en los momentos señalados, y está sentado cada momento a nuestro lado, ahora mismo está hombro con hombro con nosotros.

Dios nos quiere donde estamos. Es su Voluntad. Nuestro lugar en el mundo –esposo, esposa, trabajador, amigo, vecino...- es su Templo. Ahí va a venir a buscarnos, porque espera que estemos ahí. ¡Ay, si no estamos en nuestro lugar!

Hemos de hacer a Dios presente. Presencia viva en nuestra vida. Darle tiempo. El tiempo es suyo. El presente es suyo. Nosotros solemos perdernos por el laberinto del pasado y del futuro: el presente siempre es de Dios. Hacernos presente en su Presente. Presentes en su Presencia.

Darle tiempo. Hacerle hueco. Quitar cosas de en medio. Quitarnos de en medio; o hacernos sólo escucha. Hacer de nuestra cotidianidad tiempo para un encuentro. Con Él. Nada hay prosaico: nos lo enseña la RB, cuando nos manda cuidar los aperos con el cuidado de los vasos sagrados. Lo sagrado nos rodea por todas partes. Porque Dios está con nosotros, siempre.

Aquí, ahora.

Grupo de Pamplona

EL SILENCIO, DON GRANDE DE DIOS

Breves meditaciones sobre el silencio

Una de las razones del silencio monástico es que garantiza la convivencia.

En todo tiempo, el monje procura el silencio, pero sobre todo en las horas nocturnas: el Gran Silencio.

Taciturnitas: un silencio matizado. San Benito llamaba al silencio taciturnitas. Más bien una reserva, una discreción en la palabra.

El silencio es el clima de espiritualidad del monasterio.

No es sólo una necesidad de la convivencia.

No es sólo una exigencia de la paz del claustro.

Mi verdadera vida de oración entra en función del silencio.

Un silencio necesario para oír a Dios.

Hay dos tipos de silencio: el exterior y el recogimiento. Hay que cultivar los dos, pero la primacía es del interior.

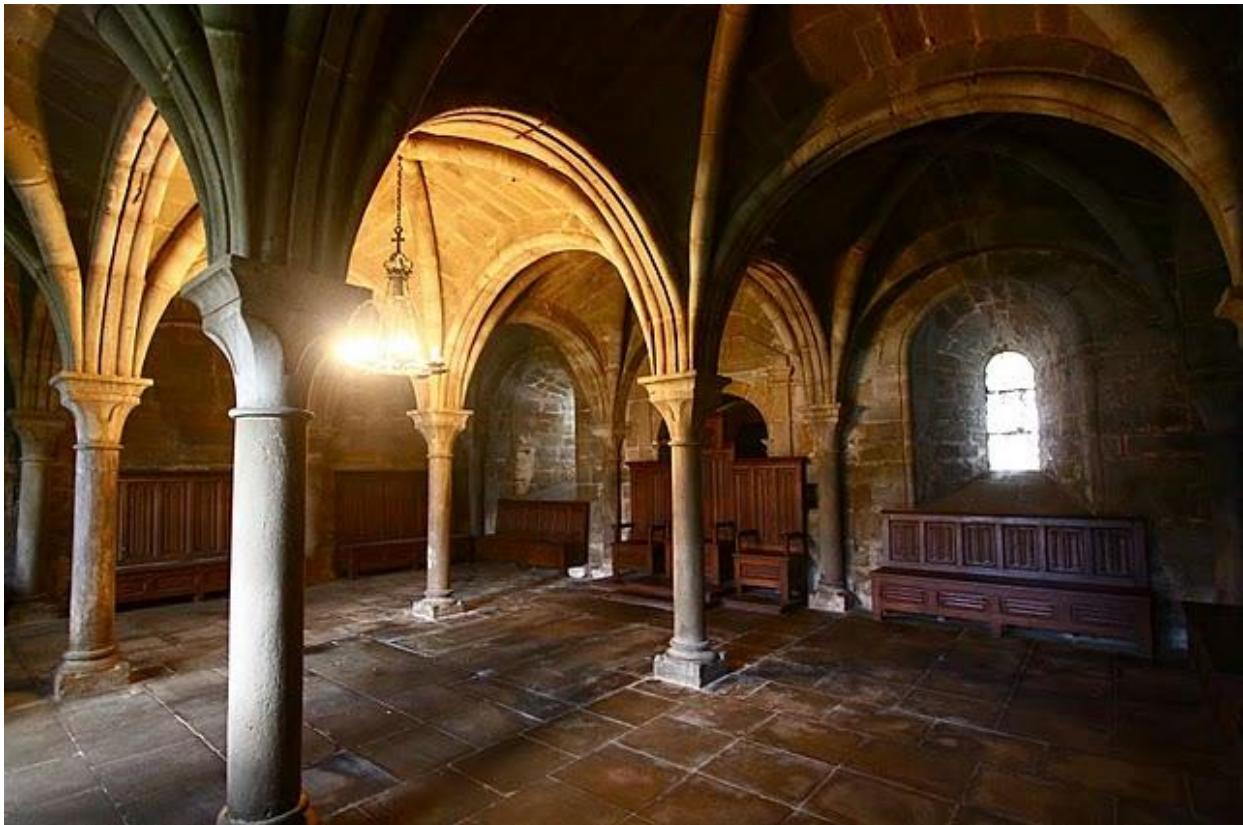
Vivimos en una sociedad en la que no hay más que ruido, sonido, espejismo, distracción, etc., que nos pone en riesgo de perder la Palabra de Dios.

En todo momento, el monje debe tener en su mente y en su corazón la Palabra de Dios.

El silencio no se concede a los discípulos sino rara vez.

Silencio es el espacio de la palabra, que no brota de la palabra en mero ruido.

Hno. Álvaro Martínez Carrera



FRATERNIDAD CISTERCIENSE DE LAICOS DE SANTA MARÍA DE LA OLIVA

Web: www.laicoslaoliva.com

Colaboraciones y sugerencias: revista@laicoslaoliva.com